



SALTOS DEL RIO LERMA.

—Pero, hombre! si hace mucho frío!

—Pues por lo mismo.....

—Mira, te diré una regla que llevo apretada: durante el calor me baño todos los días; luego que el frío comienza, empiezan también mis ejercicios pedestres; y tal vez, más que á mis veintitres años, á esta práctica debo mi agilidad y mi salud.

—Pues la receta será muy eficaz, pero yo prefiero una partida de ajedrez, aquí, bajo tejado, á todos tus ejercicios y á todas tus maravillas de la naturaleza: si quieres creerme, mañana al irnos, daremos á caballo la vuelta necesaria y vemos de paso el Salto.

—No, mil gracias, ya que ningún quehacer tenemos en lo que resta de día, aproveche ca-

da uno su tiempo en lo que más le plazca. Hasta luego, señores.

Y diciendo esto, salí de la hacienda de Tepustepec y siguiendo á corta distancia una paralela con la margen derecha del río Lerma, tuve bien pronto el gusto de ver el *Salto*. La margen derecha forma abajo de él una suave playa, en la que no falta ni la blanquizca arena; dejéla por monótona y trepando por los riscos que en el tiempo de las lluvias forman la parte más septentrional del lecho, me encontré unos gruesos hilos de agua ocultándose por las profundas zanjas que los siglos y las crecientes han abierto en el negro granito, que sostiene allí la última falda de las colinas de la izquierda. Un corte á plomo de muy considerable elevación (casi veinticinco varas castellanas) interrumpe repentinamente aquellas y comenzando muchas varas antes de que el río forme el Salto, crece y se alarga á muchas más, siguiendo su curso. Saltando de risco en risco monté sobre este corte y con sorpresa ví que en su filo corría una zanja conductora de las aguas del mismo río, para aprovecharlas en la hacienda de la Estanzuela, anexa á Yerejé. Seguí con algún peligro el borde comido de la zanja y desde allí eché el cordel

que me señaló las varas dichas en el punto que me pareció el más alto.

Volvíme por los gritos de mi poltrón compañero que, palanqueado por los señores de la hacienda, había consentido en venir tras de mí, y que creía que cada uno de mis pasos debía necesariamente acabarse en la eternidad, que según él decía, estaba á mis pies. Unime á todos para calmar las inquietudes que tenían ó aparentaban tener por lo que llamaban mi temeridad, y juntos reconocimos el Salto.

En tiempo de crecientes el río ocupa un frente como de noventa varas, cortado en su tercio septentrional por un montecillo, más elevado que las mayores avenidas, como lo manifiesta su vegetación. En aquel día sólo el centro del río tenía, como ya he dicho, algunos hilos gruesos de la poca agua que le dejan los riegos de las haciendas que están arriba, y si bien su caudal había mermado por mejorar los campos vecinos, la reflexión de esta su beneficencia no hacía, sin embargo, más interesante su vista. Su altura, por otra parte, (de siete varas donde es mayor) nada tiene de imponente: la vegetación de sus rocas, reducida en aquel momento á algunas áridas matas de lechuguilla (*agave filamentosa*) y muchos individuos de una amarillenta bisnaga

(variedad de la *mammillaris dipressa*) entristecía más aquella naturaleza soñolienta.

Era el mes de Enero; y si bien algunos sembrados de trigo animaban á trechos aquella inmensa llanura de un amarillo blanquecino, los escasos y raquíticos sauces que coronan la *posa* del salto, estaban tan desnudos que más parecían un varal de moscas y los matorrales de venenillo (*asclepias acutifolia*) y trompetilla (*bonvardia Jacquini*) semejaban toscas escobas:

Una ligera niebla, de las que son tan frecuentes en nuestras tierras frías, vino á hacer aún más desabrido el frío norte que soplaba desde el medio día, y como nos privaba de esparcir la vista, resolvimos volver inmediatamente á la casa. Supe en el camino, que el río entraba en nuestro Departamento á una y media leguas de allí, que en todo ese tramo estaba tan desnudo de árboles como se le ve, con raras excepciones, desde su nacimiento hasta las haciendas de Huerta y Solís, y que los antiguos y ricos dueños de esta vastísima de Tepustepec lo habían sangrado para establecer los famosos molinos que por muchos años le dieron nombre (Molinos de Caballero se llamaban, y aun hay quienes así le digan) y para establecer siembras de trigos,

horadando, para esta última obra, una gran extensión de colinas, con enormes costos.

La indefinible sensación de tristeza que aquella tarde me causó, duraba en mí.....



DON PRIMOROSO, --- SAINETE

Enero 1° de 1840

- PONC^a. No lo creas
Ya mi hermano D. Justo no llega
(ahora,
Es demasiado tarde.
- MARIC^a. Pero, niña,
Si el Habanero dijo que hoy llegaba,
Y que D. Justo era hombre que no
(puede
Decir alguna cosa sin cumplirla:
Que es mucho, muy formal.
- PONC^a. Así es lo cierto,
Y aunque hace ya veinte años que
(nos vimos